

PRIMERA PARTE.

LO VERDADERO.

LECCION I.

De la existencia de principios universales
y necesarios.

Dos grandes necesidades, la necesidad de verdades absolutas y la de que estas verdades no sean ridículas quimeras.—Satisfacer estas dos necesidades es el problema de la filosofía de nuestro tiempo.—De los principios universales y necesarios.—Ejemplo de estos principios en diferentes géneros.—Distinción entre los principios universales y necesarios y los principios generales.—La experiencia es incapaz por sí sola de explicar los principios universales y necesarios y no se contenta con llegar al conocimiento del mundo sensible.—De cómo la razón de nuestras facultades nos descubre estos principios.—El estudio de los principios universales y necesarios nos introduce en los mas altos lugares de la ciencia filosófica.

Hoy, lo mismo que en todo tiempo, dos grandes necesidades se dejan sentir en el hombre.

La primera, la mas imperiosa, es la necesidad de principios fijos é inmutables, principios que ni depen-

dan del tiempo, ni de los lugares, ni de las circunstancias, y principios en los cuales repose el hombre y su espíritu con una ilimitada confianza.

En todas las pesquisas é investigaciones, tanto en las que se han ocupado de hechos aislados y esparcidos como en las que estaban subordinadas á algun principio ó á alguna ley, se han podido juntar y reunir los materiales de una ciencia, pero no la ciencia misma. La física empieza allí en donde aparecen leyes á las que se puedan juntar todos los hechos del mismo orden que la observacion nos descubre en la naturaleza. Platon lo ha dicho: «no hay ninguna ciencia que pueda pasar de aquí.»

Ved aquí nuestro primer deseo.

Hay además de este otro deseo no menos legítimo y natural, el deseo de no ser engañado con sutileza por principios quiméricos y por combinaciones mas ó menos ingeniosas aunque artificiales; el deseo de apoyarse en la realidad y en la esperiencia. Las ciencias físicas y naturales, cuyas conquistas rápidas deslumbran y asombran á los ignorantes, deben sus progresos al método experimental. De aquí la inmensa popularidad de este método, llevado hoy á un punto tal, que no se digna prestar la menor atención á la ciencia que no es presidida por este método.

Unir la observacion con la razon, no perder de vista el ideal de la ciencia á que el hombre aspira, y buscar y encontrar este ideal en la senda de la esperiencia, tal es el problema de la filosofía.

Nosotros nos dirigimos ahora á vuestros recuerdos de estos dos últimos años. ¿No hemos establecido por el método experimental mas severo que existe entre

los hombres sin distincion de sabios é ignorantes, ideas, nociones, creencias, principios que podrá muy bien negar el escéptico, pero que le dominan sin darse cuenta de ello, y á pesar de sus negaciones los encuentra en sí mismo por poco que se interroge, que se reconocen en la mas vulgar esperiencia, y al mismo tiempo, en lugar de estar circunscritos en los límites de esta esperiencia, la sobrepujan y la dominan, universales en medio de los fenómenos particulares á que se aplican, necesarios aunque mezclados y confundidos con cosas contingentes, infinitos y absolutos á nuestros propios ojos, apareciendo todo en nosotros en este sér relativo y finito que constituye el hombre? No es esto una paradoja inesperada que queremos presentar aquí, no hacemos sino esponer en pocas palabras los resultados de muchas de nuestras lecciones (1).

No nos ha sido difícil hacer ver que hay, que existen á la cabeza de todas las ciencias principios universales y necesarios.

Es muy cierto y evidente que sin axiomas y definiciones no existirían las matemáticas; y ¿qué otra cosa son las definiciones y axiomas sino principios absolutos?

¿Qué sería de la lógica, estas matemáticas del pensamiento, si le quitais algunos de sus principios, un poco bárbaros, es verdad, en su forma escolástica, pero que deben ser universales y necesarios para presidir á todo razonamiento y á toda demostracion?

(1) Véase *Primeros ensayos de filosofía*, sobre todo el programa de 1817.

¿Y habria fisica posible si todo fenómeno no tuviese su causa y su ley?

Sin el principio de las causas finales, ¿podria la fisiologia adelantar un solo paso, darse cuenta de un solo órgano ó determinar una sola funcion?

El principio sobre que descansa toda la moral, el principio que obliga á todo hombre de bien á practicar la virtud, ¿no es un principio de la misma naturaleza? ¿no se estiende á todos los séres morales sin distincion de tiempos ni de lugares? ¿conoceis algun sér moral que no reconozca en el fondo de su conciencia que la razon debe enfrenar y dominar la pasion, que es preciso guardar la fe jurada y restituir fielmente los depósitos que se nos confian?

Y no creais que sean estas cosas preocupaciones metafisicas y *fórmulas* de escuela: yo al sentido comun le llamo el mas ordinario.

Si yo os dijese que acababa de tener lugar un homicidio, ¿no me preguntarias dónde se ha verificado y qué causas han contribuido á él? Con esto quiero deciros que el espíritu entonces está dirigido por los principios universales y necesarios del tiempo, de la especie, de la causa y aun de la misma causa final.

Si yo os dijese que el amor ó la ambicion han sido las causas de esa muerte, ¿no concebirias en el mismo instante un amante celoso ó un ambicioso vulgar? Con esto quiero deciros que no existe en vosotros acto alguno que no tenga su agente, ni cualidad ó fenómeno que carezca de substancia y que no tenga un sugeto real y determinado.

Si os dijese que el matador se lamentaba de ha-

ber dado muerte á uno tomándolo por otro, y que la victima habia pagado culpas que no eran suyas, ¿no diriais que el matador es un loco, pues aunque los accidentes hayan variado, la persona, el sér, el acto, son siempre los mismos?

Supongamos que el acusado se defendiese apoyado en que el homicidio que ha efectuado sirve á su ánimo de tranquilidad, pues que el muerto habia jurado matarle á él; por otra parte, el muerto era tan desgraciado, que la vida le era una carga insoportable; con esta muerte, la patria nada ha perdido; pues en lugar de dos ciudadanos que se profesaban un ódio mortal é inestinguible, adquiere uno que le puede ser mucho mas útil, y que en fin, el género humano no perecerá por la falta de un individuo, etc. ¿A todos estos razonamientos no opondreis que por mas que esta muerte pueda ser útil á su autor no es por eso menos injusta y que así no hay ningun pretesto ni excusa que la justifique?

El mismo buen sentido que admite verdades universales y necesarias, las distingue de aquellas que no lo son, y que son solamente generales, es decir, que no se aplican sino á un cierto número de casos.

Por ejemplo, ved aquí una verdad muy general: el dia sucede á la noche; pero ¿es esta una verdad universal y necesaria? ¿se estiende á todos los países posibles? No; pues es posible concebir países sumidos en una noche eterna, habiendo dado al mundo otro sistema. Las leyes del mundo sensible son aquellas que son por sí, y estas no son necesarias. Su autor hubiera podido elegir otras. Con otro sistema del mundo se concibe otra fisica; pero no se conciben

otras matemáticas ni otra moral. Así es posible concebir que el día y la noche no sean las diferencias que vemos, pues esta verdad, el día sucede á á la noche, es una verdad muy general; hasta puede ser una verdad universal; pero no es una verdad necesaria.

Montesquieu ha dicho que la libertad no es un fruto de los climas cálidos. Yo estoy acorde con él si se ha creído que el calor enerva el alma; que los países cálidos difícilmente soportan gobiernos libres; pero no por esto es general esta regla; esto no es, pues, un principio absolutamente universal, y mucho menos un principio necesario. ¿Se puede decir otro tanto del principio de la causa? ¿Podemos concebir en alguna parte, en algún tiempo, en algún lugar un fenómeno que comience á parecer sin una causa física ó moral?

En ese caso, al propio tiempo que se destruirían por el pensamiento todos los seres para no dejar sobre sus ruinas mas que un solo espíritu, nos veríamos obligados á colocar este espíritu allá por poco que se ejerciese, y el espíritu no tiene condiciones de tal sino á condicion que se ejerza y que piense muchos principios necesarios.

¿Cuántas veces no hemos demostrado la vanidad de los esfuerzos de la escuela empírica por quebrantar la existencia ó debilitar el alcance de estos principios? Escuchad á esa escuela, y ella os dirá que el principio de la causa dada por nosotros como universal y necesaria, despues de todo, no es otra cosa sino un hábito del espíritu, que viendo en la naturaleza seguir un hecho á otro hecho, pone entre ellos la relacion que nosotros hemos llamado rela-

cion de la causa al efecto. Mas esta esplicacion no es otra cosa que la destruccion, no solamente del principio de las causas, sino tambien de la nocion misma de causa. Los sentidos me muestran dos bolas; una que comienza á moverse, otra que se mueve despues de aquella. Suponed que esta sucesion se renueva y persiste; esto será la constancia unida á la sucesion, y no será por esto esta conexion especial el producto de una potencia causatriz y de su efecto, por ejemplo, que la conciencia nos atestigua con el menor esfuerzo voluntario. Asi un empirista consecuente, tal como Hume, prueba fácilmente que ninguna esperiencia sensible nos dá legítimamente la idea de causa. Esto que decimos de la nocion de causa, podríamos tambien decirlo de todas las nociones del mismo género. Citemos al menos las de substancia y unidad.

Los sentidos no perciben sino cualidades, fenómenos. Yo toco, yo oigo, yo veo el color, yo siento el olor. ¿Pero el sér oído y visto, es el mismo sér que nos atestiguan los sentidos? Hume, placentero y festivo, pregunta bajo qué sentido cae la substancia (1). ¿Qué es, pues, segun él y segun el sistema del empirismo la nocion de substancia? Una ilusion como la nocion de causa.

Los sentidos no dan la unidad, pues la unidad es la identidad, es la simplicidad, y los sentidos nos lo muestran todo sucesivo y compuesto. Las obras artísticas no poseen la unidad sino por el arte, es decir, el espíritu del hombre en cuanto á las obras de la naturaleza, si las percibimos, no son cierta-

(1) Véase *Primeros ensayos de filosofía*, curso de 1816, Hume.

mente los sentidos los que nos las muestran. La disposicion y órden de las diversaa partes de una cosa, podrán contener la unidad, pero será una unidad de organizacion, una unidad ideal y moral que solo el espíritu concibe y que escapa á los sentidos.

Si los sentidos no pueden explicar simples nociones, pueden menos aun explicar los principios en donde se encuentran estas nociones, y que son universales y necesarios. En efecto, los sentidos perciben bien tales y cuales hechos, pero repugna que abarquen lo que es universal, la esperiencia atestigua lo que es y no atiende nada á lo que no puede ser.

Vayamos mas lejos aun. No solamente el empirismo no puede explicar los principios universales y necesarios, sino que nosotros pretendemos que sin estos principios el empirismo no puede explicarse el conocimiento del mundo sensible (1).

Quitad el principio de las causas, el espíritu humano quedará condenado á no salir jamás de sí mismo y de sus propias modificaciones. Todas las sensaciones del oido, del olfato, del gusto, de la vista y del tacto no nos podrán enseñar cuál es su causa, ni aun si tienen alguna. Pero haced al espíritu humano el principio de las causas, admitid que toda sensacion lo mismo que todo fenómeno, que todo acontecimiento, lo mismo que todo cambio tenga una causa, como evidentemente nosotros no somos la causa de ciertas sensaciones; es necesario por tanto que estas sensaciones tengan una, esto naturalmente nos conducirá á reconocer en estas sensaciones causas diferentes á nosotros

(1) Véase *Primeros ensayos*. Análisis del conocimiento sensible.

mismos, y ved aquí la primera nocion del mundo exterior. Este es el principio universal y necesario de las causas, el que solo la dá y la justifica. Otros principios del mismo órden acrecientan y desenvuelven aun mas esto mismo.

Desde que sabéis que existen objetos exteriores, os pregunto sino los concebís en un lugar que los contenga; para negar esto seria preciso negar que todo cuerpo está en un lugar, es decir, rechazar una verdad fisica que es tambien un principio de metafisica, aq propio tiempo que un axioma de sentido comun. Mas el lugar que contiene tal ó cual cuerpo, es á menudo un cuerpo que solamente es mas comprensible que el primero. Este nuevo cuerpo está á su vez en un lugar, este nuevo lugar ¿es tambien un cuerpo? Entonces está contenido en otro lugar mas vasto aun y así sucesivamente, de suerte que os es imposible concebir un cuerpo que no esté en un lugar determinado y llegais á la concepcion de un lugar ilimitado é infinito que contiene todos los lugares limitados y todos los cuerpos posibles: este lugar ilimitado é infinito es e espacio.

Nada de esto es difícil de entender, y si no vedlo.—Negad que esta agua esté contenida en este vaso.—Negad que este vaso esté en esta sala.—Negad que esta sala esté en un lugar mas grande aun, el cual está á su vez en otro mucho mas grande. Así, pues, os llevo de deduccion en deduccion hasta el espacio infinito. Si negais una sola de estas proposiciones, están negadas todas, y si admitis la primera forzoso es que admitais la última.

No se puede suponer que la sensibilidad sola nos eleve á la idea del espacio, y ¿cómo ha de ser así si

tampoco puede darnos la idea primera del cuerpo? Es preciso, pues, aquí la intervencion de un principio superior.

De la misma manera que creemos que todo cuerpo está contenido en algun lugar, creemos tambien que todo acontecimiento sucede en un tiempo dado. Concedid un suceso cualquiera, y ¿cómo le concebiréis sin un punto cualquiera de la duracion del tiempo? Esta duracion se estiende y se engrandece sucesivamente á los ojos del espíritu concluyendo por concebirlo ilimitado como el espacio. Negad la duracion y habreis negado todas las ciencias que la afirman, y habreis destruido todas las creencias naturales sobre las que descansa la vida humana. No hay necesidad de añadir que la sensibilidad por sí sola no esplica menos la nocion de tiempo que la de espacio, las cuales nociones son por tanto inherentes al conocimiento del mundo esterior.

El empirismo está, pues, convencido de no poder pasar sin principios universales y necesarios, y principios que no puede él por sí solo esplicar.

Detengámonos: el término de las anteriores ideas serian vagas quimeras sino lo hiciéramos así. Vamos á considerar esto como un punto asequible á la ciencia que existe en el espíritu humano, y á interrogarle sinceramente acerca de los principios que realmente llevan impresos los caracteres de universalidad y de necesidad.

Despues de haber establecido y defendido la existencia de principios universales y necesarios, podríamos perfeccionar y proseguir esta clase de principios en todas las diversas partes de los conocimientos humanos, concluyendo por ensayar una clasificacion

exacta y rigurosa. Pero ejemplos anteriores nos hacen temer comprometer verdades de mas gran precio, mezclándolas con conjeturas que si bien es verdad que hacen brillar el espíritu del filósofo, no es menos cierto que disminuyen á los ojos de los sábios la autoridad de la filosofia. Nosotros, siguiendo el ejemplo de Kant, hemos llegado en el año último (1) á la tentacion de presentaros una clasificacion, una reduccion misma de los principios universales y necesarios, y de todas las nociones que se derivan de estos principios. Este trabajo para nosotros no ha perdido su importancia, pero no le reproduciremos aquí. En interés de la gran causa que servimos y no teniendo aquí otro interés ni otra idea que la de asentar sobre sólidos fundamentos la doctrina que conviene al génio francés del siglo XIX, huiremos de todo lo que pueda parecer personal y arriesgado y en lugar de examinar, de criticar y de reemplazar la clasificacion que la filosofia de Kant (2) ha dado á los principios universales y necesarios, preferimos y encontramos mucho mas útil el haceros penetrar mas y mas en la naturaleza de estos principios, demostrando cuál de nuestras facultades es la que nos los descubre y á qué otra se dirigen y corresponden.

La propiedad que tienen estos principios, es que la reflexion particular de cada uno reconoce que los posee pero que él no es su autor. Nosotros los concebimos y los aplicamos, no les constituimos. Interroguemos nuestra conciencia. ¿Reconcentramos en nosotros mismos las definiciones de la geometria de la misma

(1) Véase *Primeros ensayos de filosofia*. Fragmentos del curso de 1817.

(2) Véase esta crítica en el curso de 1820. *Filosofia de Kant*.

manera que lo hacemos con ciertos movimientos de que nos sentimos causa? Si soy yo quien hago estas definiciones son mías, yo, pues, las puedo deshacer, modificar, cambiar, y hasta las puedo aniquilar. Es cierto que yo no puedo hacer esto, luego yo no soy su autor. Hemos también demostrado que los principios de que hemos hablado, no pueden derivarse de la sensación variable, limitada, incapaz de producir y de autorizar nada universal y necesario. Hemos, pues, llegado á esta consecuencia necesaria también; la verdad está en mí aunque yo no la produzco. Lo mismo que la sensibilidad nos pone en relación con el mundo físico, otra facultad nos pone en comunicación con verdades que ni dependen del mundo ni de nosotros mismos: esta facultad es la razón.

Hay en el hombre tres facultades generales que están siempre mezcladas, que se ejercitan aisladamente y á las que divide el análisis para poder estudiarlas mejor sin desconocer su juego recíproco, su íntima trabazón y su indivisible unidad. La primera de estas facultades es la *actividad*, la actividad voluntaria y libre en que aparece la personalidad humana, y sin la cual las otras facultades serían como sino existiesen, pues nosotros no seríamos por nosotros mismos. Que se examine el momento en que una sensación aparece en nosotros; se reconocerá que no hay percepción, en tanto que no haya un grado cualquiera de atención, y la percepción acaba en el momento que concluye nuestra actividad. Y no se diga que se ha hecho de la actividad, cuando estamos sumidos en el sueño más profundo ó en el desfallecimiento más completo, porque entonces se ha perdido la actividad, la conciencia y hasta la memoria. Sucede que muchas veces la

pasión, quitándonos la libertad, nos quita igualmente la conciencia de nuestros actos; entonces para servirnos de una expresión tan exacta como vulgar: no sabe uno lo que se hace. De aquí, pues, deducimos que el hombre es verdaderamente hombre por la libertad que se apodera de él y le gobierna; sin ella caería bajo el yugo natural. Pero al mismo tiempo que estoy dotado de libertad y de actividad, estoy en posesión de otros derechos; me remonto á las leyes del mundo exterior, sufro y gozo sin ser yo el autor de mis alegrías y de mis pesares, siento en mí alzarse necesidades, deseos y pasiones que no residen en mí y que alternativamente llenan mi vida de dichas ó de desgracias independientes de mi voluntad. En fin, además de la voluntad y de la sensibilidad, el hombre posee la facultad de *conocer*, el entendimiento, la inteligencia, la razón, poco importa el nombre, y por cuya facultad concibe verdades de órdenes diferentes, y entre otras, verdades universales y necesarias que suponen en la razón ligada á su ejercicio principios enteramente distintos de las impresiones de los sentidos y de las resoluciones de la voluntad (1).

La actividad voluntaria, la sensibilidad y la razón, son todas tres igualmente ciertas. La conciencia dá lugar á la existencia de principios necesarios que dirigen la razón también como las sensaciones y voliciones. Yo llamo real á todo cuanto cae bajo la observación. Yo sufro, mi sufrimiento es real en tanto cuan-

(1) Esta clasificación de las facultades humanas que buscáramos antes en vano de los cursos de filosofía, es obra nuestra, y salvo algunas diferencias más nominales que reales, es hoy generalmente adoptada y constituye el fondo de la psicología de nuestros tiempos.

do de él tengo conciencia, lo mismo digo de la libertad y tambien de la razon y de los principios que la gobiernan. Nosotros podemos, pues, afirmar que la existencia de principios universales y necesarios se funda en el testimonio de la observacion y de la observación mas inmediata y mas segura, la de la conciencia.

Pero la conciencia no es sino un testigo, hace parecer lo que es, pero no lo cree. Esto no es cierto, puesto que la conciencia os anuncia que habeis producido tal ó cual movimiento, sentido tal ó cual sensacion. No es esto cierto, pues la conciencia nos dice que la razon se vé forzada á admitir tal ó cual verdad, que esta verdad existe, y porque existe le es imposible á la razon el no admitirla. Las verdades que la razon alcanza, tienen la ayuda de los principios universales y necesarios, y de los cuales provienen; son verdades absolutas, la razon no las forma, las descubre. La razon no es juez de sus propios principios, de los que no puede darse cuenta, pues no juzga sino por ellos, y ellos tienen sus leyes en sí mismos. Menos aun, la conciencia no forma ni estos principios, ni las verdades que nos revelan, pues la conciencia no tiene otro oficio ni otro poder que servir en algun modo de espejo á la razon. Las verdades absolutas son, pues, independientes de la esperiencia y de la conciencia, y al mismo tiempo son atestiguadas por la conciencia y la esperiencia. Por una parte, en la esperiencia es donde se declaran estas verdades; por otra, ninguna esperiencia las explica. Ved, pues, cómo difieren y andan acordes la esperiencia y la razon, y cómo en medio de la esperiencia hemos llegado á encontrar alguna cosa que la sobrepuja.

Así, la filosofia que enseñamos no descansa ni en principios hipotéticos, ni en principios empíricos. Es la observacion en sí misma, pero aplicada á la parte superior de nuestros conocimientos, lo que nos sugiere los principios que buscamos, y un punto de partida tan sólido como elevado (1).

Este punto de partida lo hemos hallado ya, y por lo mismo no le abandonaremos nunca. Permanezcamos firmemente identificados con estos principios. El estudio de los principios universales y necesarios, considerados bajo sus diversos aspectos y en los grandes problemas que resuelven, es casi la filosofia entera, su medida y su divisa. Si la psicología es el estudio regular del espíritu humano y de sus leyes, es evidente que el estudio de los principios universales y necesarios que presiden al ejercicio de la razon, constituyen la parte mas elevada de la psicología y ha sido llamada en Alemania psicología racional, bien diferente de la psicología empírica. Ya que la lógica es el exámen del valor y de la legitimidad de nuestros diversos modos de conocer, de ninguna manera puede emplearse mejor que apreciando el valor y legitimidad de los principios, que son los fundamen-

(1) Esta leccion sobre la existencia de principios universales y necesarios que fue tan fácilmente comprendida en 1818 por un auditorio que tenia presentes las largas discusiones de dos años anteriores, apareciendo ahora aquí sin el auxilio de aquellos preliminares, será fácil que no satisfaga enteramente al lector. Nosotros le rogamos que consulte nuestra obra *Primeros ensayos de filosofia*, que contienen compendiadas las lecciones de 1816 y 1817, de las cuales el libro anterior es como el resumen, y sobre todo encarecemos la lectura en los cursos de 1819 y 1820 de la *Filosofia sensualista*, de la *Filosofia escocesa* y de la *Filosofia de Kant*, los análisis allí desenvueltos bajo formas diversas, allí demostramos hasta el grado que son susceptibles de demostracion los principios universales y necesarios, y en el curso de 1829 *Filosofia de Locke* consagramos varias lecciones á explicar y desarrollar mas estos principios contra el padre del empirismo moderno.